

# SARANCE

REVISTA DEL INSTITUTO OTAVALEÑO  
DE ANTROPOLOGIA

NUMERO EXTRAORDINARIO IV

HOMENAJE EN EL CENTENARIO DEL  
NACIMIENTO DEL ILUSTRE ESCRITOR DN.

**ISAAC J. BARRERA**

1884 - 1984

OTAVALO

OCTUBRE

1983

**IOA**

INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA  
CENTRO REGIONAL DE INVESTIGACIONES

## I N D I C E

|   |    |
|---|----|
| PROLOGO .....   | 7  |
| BIOGRAFIA .....   | 8  |
| DON ISAAC J. BARRERA.— A TRAVES DE MIS RECUERDOS<br>Gustavo Alfredo Jácome .....                            | 15 |
| DON ISAAC J. BARRERA.— NUESTRO COTERRANEO<br>Víctor A. Jaramillo P. ....                                    | 18 |
| MI RECUERDO DE ISAAC BARRERA<br>Aníbal Buitrón .....  | 25 |
| A DON ISAAC J. BARRERA.— EN EL CENTENARIO DE SU<br>NACIMIENTO<br>Prof. Virgilio A. Chaves Valdospinos ..... | 32 |
| DON ISAAC J. BARRERA.— EL ESCRITOR<br>Luis Ubidia Rubio .....   | 35 |
| CENTENARIO DE DON ISAAC BARRERA<br>Marcelo Valdospinos Rubio .....  | 48 |
| DON ISAAC J. BARRERA.— PERIODISTA<br>Carlos Alberto Caba Andrade .....                                      | 50 |
| BARRERA: UN RECUERDO IMBORRABLE<br>Guillermo Moreano .....  | 53 |
| QUITO COLONIAL.— ISAAC J. BARRERA<br>José Ignacio Narváez .....   | 57 |

*Con este número extraordinario de la revista Sarance, el Instituto Otavaleño de Antropología, rinde homenaje a la benemérita figura de don Isaac J. Barrera, en el centenario de su nacimiento, en esta ciudad de Otavalo.*

*Barrera era un hombre de libros, un hombre de letras. Su actividad en los campos de la Historia, de la Literatura y el Periodismo, ha dejado profundas huellas. Aparte de sus obras —conocida en los más altos ámbitos culturales del país— escribió para diarios y revistas, entre las que se destacan la revista Américas, la de la Academia Nacional de Historia, la de la Sociedad Jurídico Literaria, la de la Sociedad Bolivariana del Ecuador, y, sobre todo, la de su revista Letras, donde se formó el mejor el mejor grupo de poetas modernistas del Ecuador.*

*En los artículos que contiene esta revista, va el homenaje de Otavalo a ese mar inmenso de erudición y sabiduría que es Isaac J. Barrera.*

*Otavalo a ese mar inmenso de erudición y sabiduría que es Isaac J. Barrera, dicho en presente porque hombres como él, a través de su pensamiento, tienen vigencia plena, constante y cotidiana.*

DESPRENDIMIENTOS INTIMOS  
(Pequeña biografía de mi padre.)

Por Inés Barrera B.

Pregunto a mi corazón por todos los que ya no existen  
Y cuando mis ojos flotando sobre amadas huellas  
Lloran tantas estrellas apagadas en el cielo!

A. de Lamartine.

Caminante, no hay camino,  
se hace camino al andar.

Antonio Machado.

He abierto estos cuadernos de apuntes y he comprobado que el tiempo y la distancia, lejos de borrar los vestigios del recuerdo, tornan el hechizo más fuerte y más intenso; más clara y más luminosa la luz que alumbra estos episodios de gratísima recordación o de tristes experiencias vividas con fuerte intensidad. Me he puesto con amor, con decisión y con todo cariño a copiarlos y sacarlos a la luz.

Estas anotaciones hechas en el año 1969 son conversaciones íntimas y diarias mantenidas en agradable familiaridad; cuando sentadas junto a mi padre gozábamos de su amena conversación a la que acudían con precisión ininidad de recuerdos. Y mientras nuestras manos tejían o bordaban, oíamos con más asombro cada vez y con más admiración, este hermoso desandar el tiempo para hacer el recuento de su vida con detalles de maravillosa sencillez y con anotaciones de amor.

Si desde antes hubiera tenido el cuidado de escribir estos apuntes. . . pero qué poco valor tenía para mí el tiempo entonces. La vida era él. Tenía casi el convencimiento de que nuestra vida, nuestra felicidad, nuestra unión eran indestructibles y eternas.

Miraba esta excelsa unión familiar como un regalo de la Naturaleza. Sin advertir que esta unión y esta tranquilidad de la que gozábamos, era una conquista alcanzada por una vida libre de todo exceso.

Aprendí siempre que la parte más noble del alma es la inteligencia. Oí a mi padre insistir en que cuando se quiere un trato justo para uno, debe ejercitarse la justicia cuando de los demás se trata.

Qué rápida pasa la vida y qué cortos son los días felices. Cuántas palabras que no se dijeron. Y cuántas preguntas que no se formularon.

Cinco años son de la ausencia de mamá. Años que nos han

unido más, si eso es posible, en el afecto con mi padre.

Mi madre fue la eterna enamorada de su marido en los 55 años que duró su matrimonio; y su encargo de siempre, especial y cariñoso era: "cuiden de su padre, que sus mimos, su cariño y su amor sean constantes y firmes para él en todo momento".

Después de la partida de ella, nuestros brazos de hijas cariñosas le han tejido una guirnalda estrecha de amor. Y por esta unión surgen diariamente éstas que son conversaciones, más que confidencias. Ahora, lejos de su amor, nos ha tocado doblar esta esquina penosa de la vida, en la que la verdad es otra de la que creíamos o vislumbrábamos. Estamos, eso sí, impulsadas por sus firmes enseñanzas. Hay una cosa que quisiéramos que fuese eterna, la felicidad. Mas volvemos a la realidad y ella nos dice su ausencia; sin embargo hay algo en el alma que nos fortalece con el dolor.

Anduvimos a su vera inundadas de luz clara y transparente, que forzosamente había de reflejarse en nuestras almas para iluminarlas de todo lo bueno y bello de la vida. Nunca hubo un pensamiento mezquino en la vida de mi padre, cuánta altura y cuánta integridad siempre. Cuidó de no dejarnos advertir que junto a la luz hay la sombra, la envidia y la desconfianza.

Cuánto espacio espiritual desplaza en el alma la memoria de la infancia; prueba de ello son estos apuntes para estas recordaciones. Viejos recuerdos que los voy anotando diariamente tal como llegan, espontáneos y sin ninguna sujeción cronológica, ni de importancia ni de intimidad.

"Era un día como todos, dice a manera de relato. Era el cuatro de febrero de 1884, día de mi nacimiento. La casa se llenó de alegría con el nacimiento del nuevo hijo, (el séptimo). Mis padres sintieron un especial regocijo con la venida de este otro niño. Era así como siempre lo oí de labios de mi madre.

"Este acontecimiento no cambió en nada el ritmo de la vida. Todo siguió igual. Crecí igual que todos los niños, bajo el amparo y las dulces caricias de mis padres.

"Mis hermanos mayores dejaron breve huella. La ternura de la

madre lloraba su ausencia y cariñosamente recordaba episodios de cada uno para desgranar melancólicamente en íntimas charlas familiares.

“Tan solamente una hermana mayor; la primera hija del primer matrimonio vivió. Pues mi madre quedó viuda con dos niños. Joven todavía, lozana, inteligente y hermosa. Mercedes era el nombre de la niña, su hermano mayor murió tempranamente. Mercedes nació en 1867, recuerda, teníamos 17 años de diferencia. Luego continúa, de su segundo matrimonio con mi padre, tuvo siete hijos, el séptimo era yo. Los nombres que conserva mi recuerdo son solamente dos: Elena y Martín. Elena y yo enfermamos gravemente siendo aún muy niños; el médico que nos atendía indicó a mis padres no seguirme administrando medicinas, pues que mi estado era de tal gravedad, que pronto moriría. Y, oh! ironías y burlas del destino. Yo seguí atendido solamente por mi madre, que sin resignarse a entregarme a la muerte, me cuidaba celosamente con todo amor a pesar de las advertencias del médico, y salvé. Y la niña, al cuidado del especialista y con muchas medicinas murió a los pocos días.

“Fuí bautizado en cuanto estuve mejor en la iglesia de San Luis de Otavalo, y mis padrinos fueron: Don Alcides Zumárraga y doña Evalina Villacís, su mujer.

Queridos recuerdos que afloran en cualquier momento”, comenta. E interrumpiendo su relación, se levanta pidiéndonos esperarle. Y vuelve luego trayendo un grupo de tarjetas que tenía guardadas en su gaveta personal y nos las entrega muy cuidadosamente colocadas por años.

Esta cartulina verde, dice, es el menú familiar con que ustedes me obsequiaron el 4 de febrero de 1944, al cumplir yo los sesenta años. Celebración que en forma cariñosa ha continuado hasta hoy y cuyas tarjetas las guardo con cariño”.

Ahora, después de tantos años he abierto su cajón, que todavía mantiene el mismo orden con que él lo dejó, y allí están las tarjetas como en ese lejano día en que fue a buscarlas para hacer el recuento de cariño; y con su gran serenidad dijo: el hogar, los hijos, la familia son signos de permanencia.

Después mis ojos miran el menú especial de las bodas de oro

matrimoniales de mis padres (1909-1959), un escogido menú para esta celebración, fuera de lo común, en el afecto familiar. Y sigo verificando fechas de muchos menús, hasta la de 1964, fecha especialísima pues papá cumplía los ochenta años y como él decía: "con estos mis ochenta años he presenciado el paso de dos generaciones". Pero teníamos como una espina de dolor clavada en el corazón, pues en esos mismos días, mi madre se hallaba gravemente enferma. Enfermedad que la llevó a la tumba en ese mismo año.

Complejo año este de 1964.

Tuvimos la felicidad del cumpleaños de papá, que en muchos lugares de la República fue mencionado. Y en Quito, en diferentes centros culturales se conmemoró con diversos homenajes.

Nuestro corazón se llenó de inmenso júbilo y, juntos los hijos y los nietos, fuimos en apretado y emocionado grupo a las diversas manifestaciones de homenaje. Pero . . . había un pero angustioso y terrible que era un peso cruel en nuestra balanza de felicidad. Mi madre estaba delicadamente enferma y las emociones de estos días acentuaron sus dolencias. Imposible evitar que ella lo supiera. Ella fue la compañera fiel, cariñosa e inteligente de mi padre, no podía ahora acompañar y guiar a nuestro grupo como había sido siempre. Su espera en la casa era anhelante y a nuestro regreso estaba ansiosa del relato emocionado de los hechos, a los que su enfermedad no le permitía asistir pero seguía con el corazón rebosante de felicidad. . .

Más que nunca estábamos en estos homenajes y en estos días unidos en fuerte grupo lleno de amor.

Mamá creía y esperaba siempre, con seguridad que inculcó en nosotros, que al amparo de mi padre estábamos libres de todo mal. Ya enferma ella se acentuó esta necesidad de protección de quien por siempre fue nuestra fuerza y nuestro orgullo. Mi madre era el centro de nuestros cuidados y nuestra vida giraba en torno a ella. Alejados de todo lo que no era preciso ni importante y como con ansias de gozar de esta preciosa vida que se extinguía lentamente, no nos alejábamos de su lado sino lo estrictamente necesario.

Cuántos días de intensa gravedad llevamos con callado dolor. La gran voluntad unida al gran amor de mi padre nos auxiliaba y

nos fortalecía.

La muerte llegó quedamente, silenciosa y traidora. El día 15 de septiembre de 1964, ella se durmió para siempre.

Los recuerdos se suceden y se desgranán. "La suerte me tocó a mí. Esta pasión intelectual, difícil y peligrosa me abrió el camino de la vida. Amé y servía a mi patria sin reclamos personales y con dedicación generosa, así lo digo en uno de mis primeros libros. Pero como allí mismo lo digo: es el pedazo de tierra que nuestros ojos vieron de niño lo que está dentro del corazón, y estas palabras escritas hace tantos años, en uno de mis primeros libros de juventud, las siento en verdad ahora, con enorme fuerza de emoción, y adentro, muy adentro de mi corazón".

"La vida es muy corta o muy larga.

Cierro los ojos y pasan los días y los años. La historia de la vida. Mucho he soñado durante mi existencia. La fábula llenó mi pensamiento. Lo cotidiano formaba la trama de lo maravilloso. Muchacho soñador, me encontré un día con la mujer soñada, en alguno de los tantos sueños que hacían de mi vida una aventura permanente. Y fuí feliz con ella. La vida se esparció llena de bonanza. Todas las horas eran de esperanza, de inquietud y de ambición.

Cuando partió de mi lado, ya no estuve solo. Había quienes me llevaban de la mano. Envejecido, no quedé solo. Creían en mí más de lo que en realidad, valía. Una segunda vida. Eran mis hijos; mis hijas, sobre todo, las que llenaban las horas de mi vida. Las que realizaban los antiguos sueños.

¿Fuí tan valioso? No. Pero ellas exigieron un ídolo a quien consagrar desvelos y esperanzas.

Esa ha sido mi vida. Nací para ser ignorado. Me amó una mujer que llenó muchos días de mi vida. Cuando partió de mi lado, no quedé solo. Había quienes repetían mi nombre. Y mis hijas, con el perfume de las flores todas me rodearon de sueños. Sueños plácidos, hasta el día próximo de partir. Mi nombre seguirá murmurándose, y las flores de mi corazón, tal vez conserven el perfume grato que me acompañó

cuando haya dejado de soñar para siempre.

La historia de mi vida es esta. Vosotras las repetireis como si todavía pudiera escuchar la canción que acompañó mi vida”.

Tomado de uno de sus cuadernos de apuntes.

Padre, este es mi amor para tí.

Diciembre de 1972.

Fragmento de una biografía íntima, narrada muy sencillamente; captando solamente palabras dichas en coloquios familiares.

## DON ISAAC J. BARRERA A TRAVES DE MIS RECUERDOS

Gustavo Alfredo Jácome

Conocí a don Isaac J. Barrera —así, con el don señorial, como don Miguel de Unamuno, como don Gonzalo Zaldumbide—, un día de setiembre de 1928. La víspera había llegado a la capital, en mi primer viaje desde Otavalo, que duró tan solo, algo más de doce horas. Sí, tan solo algo más de doce horas, que los viajeros a caballo que hacían dos días bien jineteados por el páramo de Mojanda, consideraban un récord de velocidad. Salimos de Otavalo antes de las seis de la mañana, en un bus que iba bramando en la cuesta de Cajas y patinando de cuneta a cuneta por un camino jabonoso. A eso de las nueve, llegamos a Cayambe, donde ya nos esperaba el tren, en un solo resoplido. Con el corazón en la boca subí al coche de segunda, que sería desde entonces el acostumbrado, a lo largo de mis años de estudiante. El convoy se componía de un carro de carga, el coche de segunda y el de primera. La locomotora al principio iba al galope por entre los potreros de la hacienda de Miraflores, ascendió luego carraspeando su garganta reseca por los áridos flancos de Otón y a medio día descansó un rato en El Quinche, para el almuerzo, y siguió gallardamente hacia Quito. En los túneles de la quebrada de Iguñaró se dio de diablo que echaba chispas. Iba cruzando alairito, sin nadita de vértigo, los puentes sin pasarelas ni nada. Ya por los valles de Yaruquí, Puembo y Tumbaco pitó y pitó y le saludaron los guabos endomingados de flores. La pujada comenzó desde Cumbayá, por tres largas horas, hasta coronar la loma de Puengasí, hoy cosa de apenas diez minutos por la carretera. La locomotora jadeaba, sudaba, componía la respiración con frecuentes toses, se detenía a tomar agua, a cargarse de más leña, a reponer las fuerzas y tomar vuelo. Al fin, en unos recuestos que debían ser aquellos “que el soberbio Pichincha decora”, se asomó a mis ojos la ciudad de Quito. Pasadas las seis de la tarde, llegamos a Chimbacalle, un patio de casa de locos, con los roncos pitazos de otras locomotoras-madres que fumaban a gruesas bocanadas de un humo negro y apestoso, posiblemente porque sus maquinistas eran gringos, mientras la nuestra, a leña, apenas resultaba ser una cría de ellas.

Había sido un viaje feliz. En los viajes posteriores ya nos acostumbraríamos a quedarnos, desacarrilados o dañados la frágil locomotora, en Cajas, Cangahua, Monteserrín.

Una vez en el andén de la estación, mi padre y mi tía materna —esa extraordinaria y santa mujer que hizo de mi madre—, quienes me traían a Quito para ponerme en el colegio, me dijeron que la ciudad propiamente quedaba todavía lejos y que teníamos que tomar el tranvía. Yo miraba hacia abajo, en lo que luego llegué a saber que era la calle Maldonado, una casa baja, con las ventanas iluminadas y repletas de gente. Alguna fiesta pensé. De repente, ante mi susto, la casa comenzó a caminar entre golpes de timbre y chispazos eléctricos. Había sido el tranvía.

Y en todo esto —me dirán—, ¿cuándo aparece don Isaac? Al día siguiente de llegados, en su quinta vacacional, ubicada en el terminal del tranvía y donde terminaba también el Quito de entonces, al final de la hoy Avenida Colón, muy cerca de la Avenida Seis de Diciembre, que no existía. En las conversaciones familiares, todavía en Otavalo, escuché que llegados a Quito había que colgarse de don Isaac para, a través de él y su gran influencia en el gobierno, conseguir la beca, única manera de poder iniciar mis estudios. Para esto le buscamos en su quinta. Era a la sazón Subsecretario de Gobierno, con el Ministro Julio E. Moreno, en la presidencia de Isidro Ayora. Yo quería ingresar en el prestigioso Instituto Normal “Juan Montalvo”.

Don Isaac y su señora, doña Carmen, nos recibieron amablemente. Había algún parentesco entre don Isaac y mi padre. Por eso iniciaron una conversación con recuerdos de familia. Entre otras cosas oí decirle a mi padre: “Hermosa mujer perdiste, José Antonio”. Era otro dato que me ayudaba a reconstruir, inalcanzablemente, el rostro desconocido de mi madre.

Cuando le plantearon la ayuda que de él esperábamos, don Isaac, con toda delicadeza, nos dijo que él no podía hacer nada y que la beca tenía que ganársela el mismo guambrito con sus exámenes de ingreso. Después entendía que fue la primera lección de superación personal que recibía de ese hombre, que se levantó por sus propios méritos. Así conocí a don Isaac, el hombre austero.

Al escritor le había conocido antes, a través de su novela cor-

ta "El dolor de soñar", que en un ejemplar dedicado a mi padre llegó a mis manos cuando yo tenía diez u once años. El caso relatado me impresionó hondamente porque llegué a conocer a la protagonista, doña Natalia, Nataly posiblemente para el extranjero que al llegar a Otavalo se enamoró y la amó y fue amado. El hecho debió de haber escandalizado el ambiente lugareño, y más cuando, al retornar el extranjero a su país, dejó a su amante, en Otavalo, enloquecida de amor. Años más tarde, miraba a esa mujer escombrada, con la historia trágica de su corazón, asomada en sus ojos alucinados.

En Otavalo, también antes de conocerle, descubrí las huellas iluminantes de don Isaac, quien enriqueció la Biblioteca Municipal —en esos tiempos, la primera década de este siglo—, con las obras de los clásicos griegos y latinos. En esa biblioteca leí, todavía escolar, "Los siete sobre Tebas", la tragedia de Esquilo, posiblemente sin entenderla bien.

Periódicamente, visitaba a don Isaac, para aprovecharme de su sabia información literaria y curiosear su selecta y actualizada biblioteca. En una de esas visitas, y cuando ya había alcanzado un premio nacional con mi poemario para niños "Luz y Cristal", me informó de la existencia de "Platero y yo", libro que desde entonces ha sido para mí un embelesamiento espiritual.

En esas conversaciones descubrí la pulpa sensibilizada de ese hombre aparentemente adusto, sensibilizada por la nostálgica evocación de los lomeríos, cañadas, valles y lagos otavaleños y sus toponímicos invocados por él como en una oración. Era la otavaleñidad, la mística de la que todos nosotros vivimos transidos.

## DON ISAAC J. BARRERA, NUESTRO COTERRANEO

Victor Alejandro Jaramillo Pérez

Cuando se escribe sobre personajes o se relatan hechos históricos debe prevalecer la más rigurosa verdad. En estas materias no puede concederse ningún derecho a la fantasía, que discurre en forma liviana tejiendo suposiciones infundadas, de donde derivan imágenes falsas sobre el tema o motivo de la composición.

En la vida de los grandes hombres, igual que en el común de los mortales, hay luces y sombras. Los biógrafos preparados para la comprensión inteligente de los personajes y de las circunstancias en que vivieron, reparan en las cualidades y virtudes, y señalan, asimismo, debilidades y flaquezas, entregando imágenes enteras y vivas a la consideración de los lectores.

Aquí viene del caso recordar que en la escala de valores de selección, hay personalidades relevantes, indiscutibles, a quienes se reconoce y admira universalmente por la suma de cualidades o servicios de orden superior que los ennoblece y distingue. A este tipo de valores humanos que han llevado una vida ajustada a los mejores ideales no les alcanza ninguna impugnación valedera, ninguna desfiguración absurda. Y así, en cambio, han sido objeto del elogio justo, de la apología sensata.

Don Isaac J. Barrera está en este número. Los más altos valores ecuatorianos de este siglo han demostrado respeto al hombre y admiración al escritor. han estudiado detenidamente la psicología de su espíritu, sus cualidades distintivas: austeridad, entereza, ponderación, serenidad, tolerancia; la rectitud de su carácter severo, que se dulcifica en el hogar y al calor de la amistad y se expande en la vida académica, junto a otras eminencias de la cultura.

El lector asiduo ha merecido, igualmente, el mejor aprecio

de la opinión pública porque dio a su vida una proyección de lecciones y enseñanzas de tan vasto alcance que pocas eminencias ecuatorianas pueden equipararse a él.

El historiador de ejemplar laboriosidad extrajo de las penumbras del pasado centenares de documentos de innegable valor para la historia nacional; los clasificó, cotejó y comentó magistralmente, saliendo airoso en sus empeños.

Como buen discípulo de González Suárez, desde el momento en que se incorporó, por el año de 1915, a la Sociedad de Estudios Históricos Americanos, fundada por el sabio historiador, tuvo por norma ceñirse estrictamente a la verdad, como lo señala con su característica lucidez otro de los beneméritos miembros de la entidad, D. Carlos Manuel Larrea, al puntualizar el ideario de la docta institución: "el afán de cultivar las arduas pero inmensamente atractivas disciplinas de las ciencias históricas, con el propósito de consagrarnos a la ciencia investigadora del pasado, cuya meta es alcanzar la verdad, adquirir el concepto justo de los hombres y de los hechos que han contribuido al desenvolvimiento de la vida de la patria".

El que después sería una de las máximas autoridades de las letras nacionales y un valor en el ámbito del idioma, al agregarse a la eximia institución tuvo por compañeros a unos pocos jóvenes que acreditaban lucido talento, juicio sensato y certera y afinada comprensión de la vida nacional a través del tiempo. Registramos esos nombres por la puntual referencia que nos da el actual meritísimo Presidente de la Academia Nacional de Historia, Dr. Jorge Salvador Lara: "Dr. Luis Felipe Borja, Alfredo Flores y Caamaño, Cristóbal de Gangotena y Jijón, Jacinto Jijón y Caamaño, Carlos Manuel Larrea y Aníbal Viteri Lafronte. A ellos se añadieron enseguida Juan León Mera Iturralde, José Gabriel Navarro, Celiano Monge e Isaac J. Barrera, Y poco después, Homero Viteri Lafronte y Julio Tobar Donoso".

Todos ellos exponentes de la inteligencia, algunos, ingenios privilegiados. Compartiendo con esta pléyade las inquietudes de la investigación histórica, Barrera destacaría sus condiciones sobresalientes: su recia voluntad sumisa sólo al cumplimiento del deber y su vorante inquietud espiritual de los libros, en cuya compañía demoraba largas horas del día y de la noche. En tan noble institución, gracias a estos atributos, la personalidad del polígrafo otavaleño destaca nítida.

Cuando la Academia Ecuatoriana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española, recibe a Barrera en su seno, su obra literaria se revelaba ya admirable. Adolescente aún, mientras vivió en Otavalo, distraía su tiempo en el suave comercio de las Musas. Establecido en Quito, por el primer decenio de este siglo, colabora en "El Comercio" con una serie de artículos que certifican la presencia de un escritor de formación humanista, educado en el Colegio "San Gabriel". El estilo correcto y aún elegante de sus producciones periodísticas se afirma en la primera obra que viene de su pluma, el ensayo histórico-biográfico sobre Rocafuerte. Arranca este estudio con una severa autocrítica, orientada a negar su verdadero valor: "Antes que estudio —dice Barrera— debemos llamar ensayo a las páginas que se siguen, ensayo que mucho nos deja que desear a nosotros. "Barrera tenía condiciones para seguir escribiendo en prosa artística, pero a medida que maduraba su personalidad, se dilataban sus conocimientos y sus producciones era acogidas con agrado por los eruditos, no sólo por constituir una irradiación de ideas, meditadas juiciosamente, sino porque su estilo se volvía impecablemente terso. A esta parsimonia en el manejo del idioma de quien no quiere componer flores literarias ni lucir modelos de estilo, uno de sus admiradores más elevados, Gonzalo Zaldumbide, al querer identificar con algún color el estilo tan propio de Barrera, "le atribuiríamos —dice— el gris uniforme que realza con su fondo neutro las figuras o cuadros de museo literario que él ha escogido para hablarlos de ellos, no de él".

Esta personalidad de egregias calidades intelectuales se entrega también a la actividad periodística, con tesón y constancia admirables, a lo largo de seis décadas, formando parte del cuerpo de redactores de "El Comercio". En dicho matutino la primera columna fue de él durante mucho tiempo. En el diálogo cotidiano que establece con la nación con mesura y precisión, sin haber salido jamás del límite de moralidad característico de la prensa seria, se dedica a ilustrar y orientar a las masas populares sobre problemas universales, nacionales o locales. La medida del nivel moral y la solvencia intelectual de dicho diario capitalino, por los primeros decenios de este siglo, dieron plumas como las de Barrera, Julio E. Moreno, Alejandro Andrade Coello, Alberto Gómez Jaramillo, Celiano Monge, Nicolás Jiménez, Manuel María Sánchez, N. Clemente Ponce y otros. Augusto Arias, una de las señeras figuras de las letras nacionales, refiriéndose a las de D. Isaac J. Barrera, apunta que en ellas se concertaban "sin ningún deterioro —como años atrás en Montalvo— el castellano decir, la frase de casta, con el aire de gracia de esas

otras costas en las que ondearon también las velas de las naos latinas”.

Alrededor de las personalidades que van citadas, años después, y en todo caso trabajando junto a D. Isaac y a otros escritores tan instruídos como ecuanímenes y llenos de generosos ideales, aparecieron también menguados columnistas politiqueros y cronistas y corresponsales de bárbara truculencia, que muchas veces se apartaron de la pauta trazada y mantenida por el diario desde su iniciación, cuyo recuento lo hizo diez años después de que viera la luz el primer número, en estos términos: “Se fundó “El Comercio” para llenar de alguna manera el vacío que se notaba en toda una Capital, como Quito, con la falta de un periódico que, sin despreocuparse de la política interna, pero también para tratarla con el ardimiento propio de los partidos políticos de nuestra República, labore por la estabilidad de las instituciones democráticas, sea el defensor de las libertades públicas; de la verdad, de la justicia, del derecho; fiel intérprete de las insaciables aspiraciones de progreso del alma del pueblo ecuatoriano”. Los verdaderos periodistas de “El Comercio” jamás se apartaron de tan noble ideario. Demás está decir que Barrera fue uno de ellos.

Al polígrafo otavaleño se le ha juzgado desde diferentes ángulos de vista; aspectos diversos de su personalidad han pasado a través de la crítica de los más destacados escritores del país, y de muchos foráneos. Uno de nuestros eximios valores literarios, el P. Miguel Sánchez Astudillo, S. J., expresó una verdad de peso al rendir homenaje al escritor que en el año 1964 cumplía ochenta años de edad, al reconocer que “una de las cosas que más impresionan en D. Isaac Barrera es la fusión de sus atributos literarios con sus virtudes humanas. . . ” Este intelectual nuestro no sólo era hombre capaz de hacer lo imposible en el campo de su específica actividad, como lo demostró al escribir la “Historia de la Literatura Ecuatoriana”, cortada en 1955, mientras atendía a sus lecciones de cátedra en el Colegio “Mejía” y en la Universidad Central, participaba de las sesiones y más trabajos de las Academias de la Lengua y de la Historia, y dirigía el Boletín de esta institución; publicaba decenas de ensayos históricos, escribía la información cultural de “El Comercio”, y desempeñaba tal o cual función pública a pesar del retraimiento que demostró para este tipo de servicio; sino también fue persona de nobles y delicados sentimientos, muy lleno de afectos no sólo para su familia sino para su hermosa tierra nativa, fresca y hospitalaria, hecha para recibir el beso de la luz y el halago de la admiración que despierta en quienes la contemplan. En el mantenimiento de la correspon-

dencia con los intelectuales y sus amigos otavaleños, se demostraba como un digno sucesor de las personalidades que han honrado a Otavalo en alto grado e igualmente de las que han seguido, en el desfilar de las generaciones, preocupadas unas y otras por hacer de ella una ciudad artística, un ateneo de actividades científicas y literarias y un emporio industrial.

Algunos escritores y artistas otavaleños recibieron de quien seguía sus pasos y desde la discreta prudencia literaria, propia de su temperamento, palabras de estímulo e inclusive de exaltación. Esta actitud contraída a establecer en firme la calidad saliente de escritores consagrados en la provincia y el país, no alcanzó a todos los de verdadera valía, no obstante acreditar un indiscutible estilo literario y aún delicada y armoniosa sensibilidad poética.

Otavalo se ha apenado por el desgajamiento de sus hijos. Lamentablemente muchos de los mejores ataviados desde el punto de vista cultural se han retirado para tomar asiento en otras latitudes, donde han alcanzado notoria preeminencia, manteniendo, esto sí, veneración por su terruño nativo, al cual han gustado y gustan de volver con la mayor frecuencia. Don Isaac J. Barrera, constreñido por sus múltiples actividades, muy pocas veces visitó a Otavalo desde su salida en el año 1907. En cambio nunca dejó de mirar a su tierra de alto a bajo, precisamente por haber sacado de este medio sus fulgores más egregios, talento para destacar en el ejercicio de las letras y voluntad para domeñar las dificultades inherentes a toda preparación sesuda y responsable.

Yo tengo algunas cartas del académico escritas con noble llaneza. Me escribía con motivo de mis publicaciones. Ninguna le fue indiferente, pues me avisaba recibo. De algunas dio noticias en la prensa, estimulándome sin dispendio en el comentario. Las revistas y periódicos otavaleños los leía de principio a fin, doliéndose de los avatares de la ciudad querida y gozando con sus éxitos y progresos. Cuando se consiguió la fundación del Colegio Nacional "Otavalo", el primero de Humanidades Modernas que tuvieran las cabeceras cantonales del país, celebró el suceso y publicó en "El Comercio" un editorial intitulado "Otavalo da el ejemplo".

En la fundación del Colegio que en este mes cumple cuarenta años de vida, tuvieron participación, juntamente conmigo, otavale-

ños distinguidos. Los primeros pasos del plantel, sus adelantos, la entrega al país de las primeras promociones de graduados en sus aulas, le colmaron de satisfacción a quien surgiera a la vida académica gracias, precisamente, a los estudios de bachillerato que hubo de realizarlos en un gran colegio de Quito porque entonces Otavalo no contaba con un instituto secundario.

Otavalo cultiva el respecto y amor a sus grandes hombres quienes levantan su prestigio y lo enorgullecen. En nuestro medio se admira la formidable erudición de D. Isaac J. Barrera, testimoniada en la abundante y preciosa bibliografía que dejara para la posteridad. En estilo didáctico y académico por lo castizo el gran polígrafo escribió decenas de obras que enriquecen en dimensiones sorprendentes el caudal histórico y literario de la nación. Este sólo hecho ennoblece una vida entregada de lleno a la disciplina fecunda del estudio y a su proyección inmediata, la enseñanza. Aparte de esta consideración, se admira el temperamento tranquilo y ordenado del maestro; su infatigable labor periodística tendiente a buscar la comprensión y solidaridad entre los ecuatorianos; no ha pasado inadvertida su participación en Congresos internacionales de la Lengua e Historia, y con todo ello; según Zaldumbide que tanto conoció a su compañero de letras, y lo admiró, nos hace saber que Barrera tenía una marcada tendencia a cotizarse menos de lo que valía. Esta virtud debe ser resaltada porque es típica de los verdaderos valores, como se aprecia en Juan León Mera, Honorato Vásquez, en el Padre Aurelio Espinosa Pólit, en Carlos Manuel Larrea, en Julio Tobar Donoso, para citar a unas pocas personalidades relevantes.

La función pública le llamó varias veces a Don Isaac a su seno; aceptó muy pocos cargos, en posiciones destacadas, venciendo innatos recelos, no obstante que tomó la vida en función de servicios, según el P. Miguel Sánchez Astudillo, mira que lo condujo a ejercitar su talento en más aquilatadas entregas.

Sin desdeñar la política, a la que no pagó tributo en forma activa y militante, y por lo mismo sin caer en las alternativas tan suyas de ilusión y desengaño, de triunfo y de adversidad, mantuvo frente a ella una posición ática, de severa virtud cívica. Su amor a la patria se reflejó mil veces en la índole de sus escritos, ya académicos, ya de estilo llano, dirigidos al mayor número de lectores. En el debate de los intereses públicos su posición fue invariablemente decorosa, y por ello

mientras ganaba admiradores en todos los círculos, no dejó también de concitar la enemistad de políticos que habrían querido incorporarle al grupo de sus panegiristas.

Sobre Don Isaac J. Barrera han emitido juicios los más brillantes escritores del país, así cuando celebró el octogésimo aniversario de su nacimiento como a raíz de su muerte. Tales artífices de la pluma han sondeado las profundidades del alma del gran erudito y han hecho resaltar el inmenso caudal de su sabiduría, constituyendo todo ello una honra inmarcesible para la ciudad de su nacimiento.

Ciertamente, en lo fundamental, nada puede agregarse a lo dicho, compitiéndonos a nosotros, sus paisanos, al celebrar comunitariamente el primer centenario de su nacimiento, recoger amorosamente los homenajes que se le tributan y conservarlos como el blasón más preclaro que bien merece la ilustre ciudad de San Luis de Otavalo.

## MI RECUERDO DE ISAAC BARRERA

Mi primera visita a Quito tuvo lugar cuando había terminado el quinto grado de la escuela primaria en mi ciudad natal, Otavalo. Me encontraba gozando de las vacaciones después de haber trabajado unas pocas semanas como jalonero con unos ingenieros venidos de Quito para preparar los planos para la instalación de una red de agua potable. Unos pocos hombres y muchachos de escuela fuimos empleados como anotadores, portamiras, jaloneros, etc. Los jaloneros ganábamos ocho reales diarios y nos pagaban al final de cada semana. Este fue mi primer trabajo remunerado y recuerdo claramente la gran felicidad que sentí al recibir el primer dinero ganado con mi esfuerzo. Recuerdo también la enorme satisfacción que tuve compartiendo mi dinero con mi familia. Para mi mismo sólo compré un ejemplar del Nuevo Testamento que deseaba leer por alguna razón que he olvidado. Debo indicar que para entonces era ya un gran lector y un asiduo cliente de la Biblioteca Municipal que dirigía el padre de mi mejor amigo y compañero de escuela.

Fue cuando había terminado este trabajo que mi abuelo materno, en cuya casa vivíamos, tuvo que hacer un viaje a Quito y decidió llevarme consigo para que conociera la capital del país y a un primo de mi padre que vivía allí y que era conocido y respetado tanto en Otavalo como en Quito. Mi abuelo y yo, en sendos caballos, iniciamos el viaje una buena mañana y avanzamos ese primer día hasta un sitio llamado La Providencia, al otro lado del río Guayllabamba, donde pasamos la noche en una gran casa posada en compañía de otros viajeros y de muchos arrieros. Al siguiente día, en las primeras horas de la tarde llegamos a Cotocollao donde se dejaba los caballos para tomar el tranvía y llegar a la ciudad. Recuerdo que con parte del dinero que gané como jalonero compré un libro titulado Aventuras de Tres Rusos y Tres Ingleses en el Africa Austral por Julio Verne.

Recuerdo también que mi abuelo y yo tomamos otro tranvía que nos llevó hasta el final de esa línea en la llamada Pata de Guápulo o sea la esquina de la Avenida Colón y el Camino al Batán. Muy cerca a

esa esquina estaba La Quinta, una casa rodeada de jardines, donde residía el primo de mi padre, Isaac Barrera, con su esposa, un hijo y dos hijas. Mi abuelo me presentó a todos ellos que me acogieron con cariño y creo que con alguna curiosidad. Quedé admirado del confort en que vivían y de su bondad y sencillez. Isaac y su esposa, Carmencita, me hicieron mil preguntas sobre mi familia, la vida en Otavalo, mis estudios en la escuela, mis intereses y aspiraciones, etc. Les relaté mi trabajo como jalonero en las primeras semanas de mis vacaciones, el dinero que había ganado y como lo había gastado en regalos para mis padres y hermanos y en la compra del Nuevo Testamento y el libro de Julio Verne. Creo que complació a Isaac la forma como había empleado mi dinero y de manera especial la compra de los libros porque ese mismo momento me dió una cantidad suficiente para que comprara otro libro y sugirió Veinte Mil Millas de Viaje Submarino de Julio Verne. Fue así como llegué a Quito por primera vez y fue así como conocí a Isaac y su familia.

No volví a ver a Isaac hasta un año más tarde. Había terminado la escuela primaria y me encontraba gozando de las vacaciones en Piganta, una hacienda que administraba mi padre cerca a San José de Minas. Mi madre y mis hermanos continuaban viviendo en Otavalo. Mientras mi padre atendía sus obligaciones yo disfrutaba de completa libertad. Visitaba los huertos de naranjas, limones y chirimoyas en la playa de un río, montaba a caballo, pero sobre todo pasaba el tiempo en el trapiche mirando moler la caña, hervir el jugo y fabricar raspadura. Pero un día recibí una carta de mi madre preguntándome que iba a hacer cuando terminaran las vacaciones e informándome que mis amigos y compañeros de escuela ya habían ido a Quito para ingresar a un colegio. Esta noticia tuvo el efecto seguramente esperado por mi madre. Si mis amigos iban al colegio yo no quería nada menos. Manifesté así a mi padre quien me dijo que si quería ir al colegio debía ir enseguida a Quito para hablar con Isaac y ver si él podía conseguirme una beca ya que mi familia no tenía suficiente dinero para pagar mi albergue, alimentación, útiles escolares, etc. Indiqué a mi padre que yo estaba listo para ir a Quito, pero que no sabía como podía hacerlo. Entonces él me dijo que me daría un caballo que llamaban chileno, porque era grande, que conocía el camino de Piganta a Carcelén que era otra hacienda del mismo dueño muy cerca a Quito. Mi padre informó por teléfono al administrador de Carcelén el día y hora que saldría de Piganta para que estuviera alerta a mi llegada y me diera posada. El día convenido, montado en el caballo chileno que seguramente ni sintió mi peso, salí de Piganta y siguiendo las instrucciones de mi padre dejé que el caballo fuera por donde quería

preocupándome solamente de mantenerme firme en la montura. El viaje fue un solo galopar por caminos que nunca había visto. Pasé por uno o dos pueblos llamando la atención de la gente al ver este inmenso caballo y diminuto jinete aparecer y desaparecer a todo galope. De pronto el caballo dejó el camino principal y entró a una avenida bordeada de árboles al final de la cual estaba la casa de la hacienda Carcelén. No se hasta ahora cuantas horas pasé galopando ni la distancia que hay entre Pigantá y Carcelén, pero sí se, porque así me informó el administrador de esta hacienda, que había roto todos los records establecidos para este viaje. Al siguiente día el administrador de Carcelén me embarcó en el camión que llevaba la leche de la hacienda a Quito instruyendo al chofer que me dejara en la dirección que tenía de Isaac que para entonces vivía en una casa de varios pisos en la esquina de las calles Oriente y Los Ríos. Nuevamente fui recibido con cariño y algo de curiosidad. Explicué el motivo de mi viaje, esto es mi deseo de ingresar a un colegio.

Entonces Isaac me dijo que era posible conseguir una beca para el Normal Juan Montalvo. Mi interés era ingresar al Colegio Mejía para luego ir a la Universidad y estudiar medicina, pero me cuidé bien de no mencionar este asunto y sólo agradecí mucho a Isaac por la ayuda que me ofrecía. Me dijo que era necesario que ingresara a un curso de preparación para el examen de ingreso porque todo dependía de la aprobación de este examen. El mismo se encargó de seleccionar el curso que debía seguir y mi hospedaje en casa de otro pariente, Nicolás Barrera. Creo que fue entonces cuando me di cuenta que Isaac era el jefe reconocido, respetado y estimado de una numerosa familia en Quito y Otavalo. Era el miembro de familia que había alcanzado el más alto sitial. Estaba muy bien relacionado con los intelectuales y políticos no sólo de Quito sino de todo el país. Había desempeñado cargos muy importantes, en el Gobierno, en el periodismo, en la Academia de Historia y en la Academia de la Lengua. A pesar de su prominencia estaba siempre dispuesto a escuchar a todos los que llegaban en busca de su ayuda y hablando con sus amigos casi siempre lograba conseguir la ayuda solicitada.

Obtuve la beca, aprobé el examen de ingreso y comencé mi vida de estudiante en el internado del Normal Juan Montalvo. Durante todos los años en esa institución Isaac fue mi apoderado ya que mis padres residían en Otavalo. Casi todos los domingos que podía salir del internado del Normal iba a visitar a Isaac y su familia y a darle razón de

mi vida, mis estudios y mis problemas que él siempre escuchaba con mucha atención para luego darme sus consejos. Pero Isaac recibía también informes periódicos del Rector del Normal sobre mis estudios y comportamiento y cuando éstos no eran de su satisfacción recibía una reprimenda que temía más viniendo de él que del Rector.

El otro recuerdo especial que tengo de Isaac tiene que ver con mis vacaciones después de haber terminado el tercer año del Normal Juan Montalvo. Durante los dos primeros años cada vez que llegaban las vacaciones estaba ansioso de volver a Otavalo y a mi familia. Pero al terminar el tercer año de estudios ya tenía otros planes. Un tío materno vivía en el Oriente, en una propiedad a orillas del Río Anzo, arriba de su confluencia con el Jatunyacu. Este tío me había dicho repetidas veces que podía ir a visitarle cuando quisiera y con todos los amigos dispuestos a acompañarme. Meses antes de las vacaciones de este año comencé a promover entre mis amigos un viaje al Oriente. Teníamos reuniones para hablar de la ruta que seguiríamos, del equipaje que necesitaríamos, etc. De ocho o diez amigos interesados en el viaje sólo quedaron dos en el momento decisivo. Las familias, incluyendo la mía, se oponían al viaje considerándole muy peligroso, pero en mi caso Isaac, que era la máxima autoridad, aprobó mi viaje y convenció a mis padres que debían dejarme ir. En el caso de mis dos amigos creo que sus familiares vivían demasiado lejos, Loja y Manabí para poder imponer su autoridad.

Habíamos convenido que iríamos de Quito a Baños en autobús, de Baños a Mera a caballo y de Mera hacia adelante a pie porque la trocha o sendero al Napo no permitía otro modo de transporte. Mi tío había ofrecido enviar algunos de los indios que vivían y trabajaban en su propiedad para que nos esperaran en Mera y nos condujeran por la selva hasta su propiedad.

Dió la coincidencia que el mismo día que mis amigos y yo debíamos tomar el autobús a Baños, Isaac y su familia debían ir a pasar sus vacaciones en esta población y como habían alquilado un automóvil y había espacio para mí, me invitaron a ir con ellos. En Baños conseguí un hotel para mí y mis amigos que llegaron más tarde en el autobús y arreglamos el alquiler de caballos para al siguiente día ir a Mera.

Cuando llegamos a este pueblo buscamos a los indios que debían estar esperándonos allí, pero no los encontramos. Como no teníamos dinero más que para una noche de hotel, decidimos continuar el

viaje al siguiente día con indios o sin indios, esto es con guías o sin guías.

El viaje al Oriente fue una aventura que no podré olvidar pero por ahora sólo diré que después de cerca de dos meses en la propiedad de mi tío, observando la vida de los indios y de los pocos blancos que habitaban esa región, regresamos a Quito por una ruta que nos tomó ocho días de viaje y que nos permitió conocer Puerto Napo, Tena, Archidona, Baeza, Papallacta, Pifo, Tumbaco y Cumbayá.

Cuando fui a visitar a Isaac y su familia poco después de mi regreso del Oriente tuve que relatarles en detalle todo lo que había visto y escuchado y fue tanto el interés en mi relato que Isaac sugirió que escribiera algunos artículos sobre mis observaciones en el río Anzo y me ofreció gestionar su publicación en una revista llamada *Miscelánea* que era el órgano de propaganda del Oriente Ecuatoriano. Así como años antes había estimulado mi interés por la lectura, estaba ahora estimulándome para que escribiera y ofreciéndome su ayuda para que lo que escribiera fuera publicado. El primer artículo que escribí se tituló *Una Embarbascada en el Río Anzo* y cuando apareció publicado en la mencionada revista no pude menos que sentirme orgulloso, satisfecho y feliz. Creo que mi interés en escribir nació allí gracias al estímulo y apoyo que me dió Isaac.

Después de mi graduación de Profesor Normalista ya no pude visitar a Isaac y su familia más que ocasionalmente. Trabajé como maestro de escuela en Otavalo, Guayaquil y Quito donde a la vez seguía la especialización de Historia y Geografía en el Instituto Superior de Pedagogía. Cuando había terminado el tercero de los cuatro años de especialización llegaron a Quito dos arqueólogos de la Universidad de Chicago y a solicitud de ellos el Ministerio de Educación me declaró en comisión de servicio para que les acompañara como ayudante en el reconocimiento arqueológico del Ecuador austral que se proponían realizar. A Isaac le complació grandemente esta designación y me dió muchos consejos sobre como debía comportarme con los arqueólogos norteamericanos. Cuando regresé a Quito Isaac nuevamente me estimuló para que escribiera sobre esta nueva experiencia ofreciéndome publicar uno o más artículos en el *Boletín de la Academia Nacional de Historia*. Isaac era entonces el Director de la Academia y del *Boletín*. El primer artículo que escribí y se publicó en el *Boletín* se tituló *Reconocimiento Arqueológico del Alto Ecuador Austral*.

Otro resultado de esta expedición fue una beca que consiguieron para mi los dos arqueólogos norteamericanos para que estudiara antropología en la Universidad de Chicago en donde permanecí de setiembre de 1942 a enero de 1945.

Regresé al Ecuador con un poco de dinero proporcionado por la Universidad de Chicago para que, junto con mi esposa, que fue mi compañera de estudios, realizáramos una investigación de una comunidad campesina en el altiplano ecuatoriano.

Seleccionamos Quiroga en el camino al lago de Cuichocha y allí vivimos un año observando y compartiendo la vida de sus habitantes en todos sus aspectos y escribiendo informes periódicos para el Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago. En los viajes poco frecuentes a Quito visitábamos a Isaac y su familia y les relatábamos nuestra vida en Quiroga, sin agua, sin electricidad, sin mercado, y cómo nuestras relaciones con la gente del pueblo habían mejorado hasta tal punto que nos confiaban sus problemas. Isaac se dió cuenta que nadie hasta entonces había realizado esta clase de trabajo en el Ecuador y creyó que sería de interés para los lectores del periódico. El Comercio, con el cual él tenía muy buenas relaciones, si escribiéramos algunos artículos sobre las condiciones de vida y trabajo de estos campesinos. Esta sugerencia y estímulo se tradujo en una serie de artículos que aparecieron en El Comercio y Últimas Noticias. Estos artículos a la vez sirvieron para que el Instituto Nacional de Previsión se interesara por nuestro trabajo y nos invitara a realizar un estudio de las condiciones de vida y trabajo de los campesinos de la sierra ecuatoriana con miras a su posible incorporación al seguro social. El primer estudio lo realizamos en la Provincia de Pichincha con el apoyo entusiasta del Dr. Jorge Vallarino, del Dr. Jaime Barrera y del Dr. Víctor Gabriel Garcés, Presidente, Secretario-Abogado y Vocal, respectivamente, del Instituto Nacional de Previsión. El resultado de este estudio fue publicado en un libro titulado El Campesino de la Provincia de Pichincha por la Imprenta de la Caja del Seguro.

En 1952 salí del Ecuador para trabajar, primero en la Unión Panamericana en Washington, D. C. y luego en la Unesco en París, América Latina y Africa. Entonces no vimos a Isaac sino cada dos años que volvíamos al Ecuador de vacaciones. Pero en estas ocasiones teníamos largas e interesantes conversaciones, nosotros relatándole lo que habíamos visto y él recordándonos la historia de cada uno de los lugares

que habíamos visitado.

En una de estas vacaciones ya no encontramos a Isaac, pero su recuerdo vivirá siempre.

Anibal Buitrón  
Sunset Beach, California  
Mayo, 1983.

A DON ISAAC J. BARRERA  
EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

Prof. Virgilio A. Chaves Valdospinos

Don Isaac J. Barrera nació en Otavalo el 4 de Febrero de 1884, en este mismo cielo, bajo este océano de éter, infinito y azul, en este paisaje maravilloso, pletórico de salvaje hermosura, de brisas perfumadas, de aromas suaves, de aliento de praderas virginales. La luz pintaba y esculpía en el dorso de esmeralda del Imbabura, las mismas admirables policromías que la engalanaban en esos instantes; y vibraban en los aires de la comarca, mezclados de ritmo cadencioso de los pájaros cantores.

Aprovechemos el Centenario de su nacimiento, para decir a todos quién fue Don Isaac J. Barrera.

A Barrera, no se le describe con palabras altisonantes, acomodado a las circunstancias: a Barrera se le siente, se le siente con el alma encendida en amor y veneración, como se siente lo bueno, como se siente una cumbre, como se siente un astro! Barrera fue una magnífica claridad en el escenario ecuatoriano de las letras. Es uno de los valores más representativos de las letras ecuatorianas. Polígrafo de alta y noble significación, espigó en los campos de la literatura, del periodismo, de la historia y de la crítica. Su tarea intelectual la inició siendo muy joven, nutriéndose de cultura en la Biblioteca Municipal de su tierra, para luego con el dominio del elegante idioma de Molière, actualizar y dar riqueza de colorido a su obra literaria. Ubicado en Quito, capital de las letras nacionales, empieza su brega literaria al frente de la Revista "LETRAS", desde la cual los apolinidas hacen su canto en acento rubendariano.

La obra madura de don Isaac, de escritor de fuste, cuyo estilo ético tiene reminiscencias rodiosanas, abarca desde la producción didáctica, hasta el ensayo, en que la fluidez de las ideas imprime un curso ameno a sus juicios de hondura humanística.

Tratemos de hacer el recuento somero de su producción. Escribió miles de páginas en libros y revistas. En el periodismo se inició como cronista y terminó siendo editorialista del Diario "EL COMERCIO" de Quito. Entre las importantes obras escritas por Barrera recordamos: "Historia de la Literatura Ecuatoriana", "Rocafuerte", "El dolor de soñar", "Alberti Samain", "La influencia francesa en la Literatura Ecuatoriana", "Simón Bolívar", "Libertador y creador de pueblos", "Estudios de Literatura Castellana", "Los grandes Maestros de la literatura Universal", "Próceres de la Patria", "Lecturas Biográficas", "La Literatura en el Ecuador", "Historiografía del Ecuador" y "La prensa en el Ecuador".

Era un hombre que escribía como hablaba, concretando los temas, con frases precisas y seguras.

Enemigo de los razonamientos largos para las cosas breves, y amo de la lógica, en los actos y en las ideas, gustaba reducir a pocas palabras las más difíciles cuestiones.

Hizo frases grandes y bellas. Más grandes y más bellas cuanto más simples y espontáneas.

Fue artista por la fuerza de la idea más que por el cuidado del estilo, y sus notas pudieron figurar, a buen derecho, en las antologías.

Tenía sobre todo, la rara facultad de hacerse comprender sin esfuerzo, y su lenguaje llegaba con soltura al corazón de todos.

Don Isaac ha actuado de cerca en política en los elevados sillales de funcionario de gobierno y Senador de la República.

Fue miembro de la Academia de Historia y de la Lengua.

Don Isaac, político y escritor, crítico notabilísimo, de talento ágil y obra fecunda, es símbolo de grandeza para su tierra natal.

Murió en Quito en el año 1970. Esa fue la vida de Barrera. No hay sombra en ella: todo es luz, luz pura, luz magnífica, luz de altivez ciudadana, de fuerza democrática, de amor a su patria grande y chica. Digámoslo bien alto: Barrera es cumbre de la historia de la Literatura

nacional.

Es necesario inculcar en la niñez y juventud otavaleña el respeto a su memoria, consagrándole un culto invariable, imitando su ejemplo y siguiendo sus rutas de acuerdo con las transformaciones de los tiempos nuevos.

## DON ISAAC J. BARRERA EL ESCRITOR

Por Luis E. Ubidia Rubio

En la casa de la carrera Bolívar de la ciudad de Otavalo hay una placa en bronce que textualmente dice así:

AQUINACIO  
EL ILUSTRE ACADEMICO  
ISAAC J. BARRERA  
Febrero 4 de 1884- Junio 29 de 1970  
Homenaje del I. Concejo Cantonal, las  
Instituciones y el pueblo otavaleño.

4 - II - 71

Esta casa signada con el número 605, con esta placa que dice ILUSTRE ACADEMICO, lo dice así porque Isaac J. Barrera fue además de ilustre, Académico por su saber y su ciencia. Hombre de grandes dimensiones que nació en esta Ciudad. Su partida de nacimiento en la iglesia de San Luis lo certifica de esta manera:

“EL MISMO DIA BAUTICE SOLEMNEMENTE A JESUS ISAAC HIJO LEGITIMO DE ESTANISLAO BARRERA Y TOMASA QUIROZ FUERON SUS PADRINOS EL SEÑOR ALCIDEZ SUMARRAGA Y EBALINA BILLACIS A QUIENES ADVERTI LA OBLIGACION Y PARENTESCO DE QUE CERTIFICO.— (f): Joaquín Rodríguez”.

Pero, quienes fueron los antecesores de Barrera? Veámoslo.

Según el testamento otorgado por Don Estanislao Barrera en Otavalo a once de marzo de 1903 ante el Escribano Angel María Villalobos entre las anotaciones de rigor, indica “Mis padres fueron los Señores Nicolás Barrera y Rita Nicolalde ya finados”. Luego declara que es casado en segundas nupcias con Doña Tomasa Quiroz, habiendo tenido

siete hijos, de los cuales los seis fallecieron en tierna edad y vivió únicamente Jesús Isaac.

Es interesante lo que luego declara ante el Señor Escribano. Dice "En el primer matrimonio —con Teresa Salas— no adquirió bienes de ninguna clase, ni los tuvo mi mujer. En el segundo hemos adquirido con el trabajo de ambos cónyuges, lo siguiente: una casita que le edificué en un terreno situado en la parroquia del Jordán y que mi mujer lo introdujo al matrimonio: un terrenito que está anexo a la misma casa, y para cuya adquisición mi hijo Isaac ayudó con veinticinco sucres: otra casa situada en la parroquia de San Luis —es la casa donde nació— y en la que vivo actualmente, una tienda también situada en la parroquia de San Luis".

He ahí pues que Isaac Barrera casi adolescente ya trabaja como empleado y con sus pocos ahorros, ayuda a sus padres a comprar una casa. Fuera de ésto, Don Estanislao, hombre que le gustaba la tierra y la agricultura porque sabía que allí está el sustento, posee un terreno en dos pedazos en Quichinche. El sitio se llama según el testamento, Sampablillo. Les designa como albaceas a su mujer Doña Tomasa Quiroz y a su hijo Isaac. Pero al iniciar la redacción del testamento declara que es "natural de Perucho y vecino y residente en esta ciudad de Otavalo".

Los padres de Don Estanislao y algunos hermanos de ellos, recibieron del Estado tierras de cultivo en Perucho, porque una vez terminadas las guerras de la Independencia, fueron licenciados como soldados pero se les recompensó dándoles tierras de cultivo. Algunos de ellos pasaron luego a San José de Minas a trabajar en la hacienda Piganta que con su esfuerzo y dedicación la trabajaron y la organizaron en grande. En este duro trabajo en Piganta, Don Estanislao estuvo adolescente pero allí aprendió a dominar a la tierra con tenacidad y con dedicación. Comenzada su juventud, y por razones de negocio, vino a Otavalo donde se instaló y se casó con la otavaleña Doña Tomasa Quiroz.

Don Estanislao Barrera, hombre corpulento y fuerte, se dedicó a la agricultura e inclusive fue hasta las vírgenes montañas de Intag donde despejó a fuerza de músculo, la montaña. No descuidó de conseguir la exclusiva para la venta de la panela que se producía en una hacienda de Don Joaquín Saona. Esta panela era vendida por su esposa en la casita de la carrera Bolívar 605 donde tenía una tienda con este negocio. Era mujer honrada y madre ejemplar que con grandes cuidados y espe-

ranzas cultivó a su hijo Isaac Jesús que heredó la profunda responsabilidad de su madre y la ejemplar constancia y fortaleza de su padre.

Pero había en Don Isaac la afición innata para el estudio. La educación primaria que la recibió en la única escuelita de modesta presentación, fue suficiente para que tomara entrañable afecto por la lectura. Su madre especialmente no mide esfuerzos para que su hijo vaya a Quito a estudiar en el Colegio San Gabriel, donde conoce a jóvenes que, como Gonzalo Zaldumbide y otros, más tarde harán época en las letras ecuatorianas.

Lamentablemente su padre muere en el año de 1903 y debe él, afrontar la jefatura de hogar materno y ya antes, en el año 1900 se establece en Otavalo donde trabaja primero como ayudante de botica en una elemental farmacia de la época. Luego pasa a trabajar como Oficial primero en la Secretaría del Municipio otavaleño y allí hace todo lo posible porque el Municipio establezca una biblioteca. El Municipio así lo hace siguiendo la línea de cultura de Isaac Farrera que resulta así el primer bibliotecario de la biblioteca animada por él con entusiasmo y afanes.

En Ibarra se publica el semanario REPUBLICA. Hace amistades allí y escribe en este periódico. Es asiduo colaborador. La inclinación a escribir estaba en su sangre y en su cuerpo. Para el 24 de mayo de 1907 escribe un soneto que a cierta autoridad de razonamiento mediocre le parece que es ironía disimulada en un soneto perfecto. Por la denuncia respectiva, va a parar en el panóptico donde conoce y hace amistad con Belisario Quevedo. Cuando sale de la prisión y vislumbran en la naturaleza de escritor empedernido, le consiguen trabajo y resuelve quedarse en la Capital desde ese año.

Su tarea de escritor ha encontrado su camino y su norte. Colabora en revistas de prestigio o las funda él mismo. Escribe en el diario EL COMERCIO donde es posible encontrar no menos de unos diez mil artículos suyos. Funda y es Director de la prestigiosa revista LETRAS. Es Miembro de la SOCIEDAD ECUATORIANA DE ESTUDIOS AMERICANOS que más tarde toma el nombre de la ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA. Es nombrado Miembro de la SOCIEDAD JURIDICO-LITERARIA de brillante trayectoria. En fin, a la vez que es Profesor de Literatura del Colegio MEJIA ocupa altas dignidades como Subsecretario del Ministerio de lo Interior o representa a su Provincia en

el Parlamento Nacional, cuando en realidad este alto organismo tenía derecho a llamarse PARLAMENTO. Hace amistades tanto en las filas intelectuales del país como del exterior. En voz muy alta lo están diciendo los dos volúmenes que sus hijas Inés y Eulalia con amoroso cuidado han publicado.

De la larga y bien cultivada actividad cultural e intelectual de Don Isaac, lo están diciendo sus brillantes publicaciones cuya nómina damos para que se conozca porqué Barrera lleva con merecimientos el título de ILUSTRE Y ACADEMICO. Veamos.

- 1.911: ROCAFUERTE. Biografía. Dos ediciones en ese año.
- 1.914: LA MELANCOLIA DE UNA TARDE. Drama.
- 1.920: HOMENAJE A LOS PROCERES DE LA INDEPENDENCIA DE GUAYAQUIL.
- 1.922: QUITO COLONIAL Y RELACION DE LAS FIESTAS DEL CENTENARIO DE LA BATALLA DE PICHINCHA.
- 1.923: DOS ESCRITORES ITALIANOS MODERNOS.
- 1.924: EL DOLOR DE SOÑAR. Novela.
- 1.924: LITERATURA ECUATORIANA. Dos ediciones en ese año.
- 1.927: EPISTOLARIO DE MONTALVO.
- 1.927: LIBRO DE LECTURA. Lecturas selectas.
- 1.930: ALBERT SAMAIN.
- 1.930: SIMON BOLIVAR.
- 1.932: TRES ESTUDIOS LITERARIOS.
- 1.935: HISTORIA DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA.
- 1.935: HISTORIA DE LA LITERATURA CASTELLANA.
- 1.935: LOS GRANDES MAESTROS DE LA LITERATURA UNIVERSAL.
- 1.937: EL OBISPO CUERO Y CAICEDO.
- 1.938: LA PREHISTORIA ECUATORIANA.
- 1.939: LECTURAS BIOGRAFICAS.
- 1.939: LITERATURA ECUATORIANA.
- 1.939: REMIGIO CRESPO TORAL.
- 1.941: MOTIVOS VENEZOLANOS.
- 1.944-1.950: HISTORIA DE LA LITERATURA ECUATORIANA. Tres tomos.
- 1.947: LA LITERATURA DEL ECUADOR.

- 1.953: UN SONETO FAMOSO Y DISCUTIDO.
- 1.955: HISTORIA DE LA LITERATURA ECUATORIANA.  
Cuatro tomos.
- 1.954: JUAN MONTALVO.
- 1.955: LA PRENSA EN EL ECUADOR.
- 1.956: DE NUESTRA AMERICA.
- 1.956: HISTORIOGRAFIA DEL ECUADOR.
- 1.959: ENSAYO DE INTERPRETACION HISTORICA.
- 1.959: INCUNABLES Y LIBROS RAROS.
- 1.960: EL ECUADOR EN EL SIGLO XIX.
- 1.960 y 1.979: HISTORIA DE LA LITERATURA ECUATO-  
RIANA. Reedición completa.
- 1.968: FEDERICO GONZALEZ SUAREZ Y PEDRO FER-  
MIN CEVALLOS.
- 1.973: POESIA. Recopilación póstuma.
- 1.952: UNA ESCUELA. Inauguración de la escuela de su  
nombre en Otavalo.
- 1.971: ESTUDIOS LITERARIOS.
- 1.981: EPISTOLARIO A ISAAC J. BARRERA. Dos tomos.  
Recolección póstuma.

He aquí pues la inmensa tarea de Barrera en el campo de la cultura nacional, en el campo de la investigación de nuestras raíces primigenias. Así como Barrera en sus versos dice MI PADRE LABRO LA TIERRA Y YO LA CANTO, este canto profundo y sonoro en todos los tiempos, sigue siendo aureola luminosa de la Patria. Otavalo siente correr en sus venas el inflexible orgullo de haber acunado a tan ilustre varón como Barrera.

“Pocos son los hombres que construyen ciudades, la gran mayoría las habita”.

Paúl Meyers

### DON ISAAC J. BARRERA

Don Isaac J. Barrera es un “suscitador incansable de las letras ecuatorianas” dice de él el Diccionario de la Literatura Latinoamericana, y puntualiza: “No es posible tener una imagen completa de las letras ecuatorianas contemporáneas, si se prescinde de la figura de Don Isaac J. Barrera”.

Suscitador incansable de las letras, ya enseñándolas en Colegios y Universidades, ya promoviéndolas en revistas y publicaciones, ya realizando investigaciones pacientes y ordenadas --cuyo fruto es la Primera “Historia de la Literatura Ecuatoriana”-- , ya comentando día a día el acontecer literario nacional y extranjero.

En toda su obra usó el mismo castellano claro, correcto, preciso. Su estilo, que tiene la belleza de lo diáfano, refleja la llaneza de su carácter.

Maestro por vocación, Don Isaac Barrera hizo de su vida una continua tarea de guía y orientación. Equitativo y ecléctico en su labor como historiador. Lúcido y ecuanime en su trabajo de orientador de la opinión pública, como editorialista del diario “El Comercio”. Su pulcritud espiritual y su honestidad intelectual son el sello personal en su labor de periodismo, cátedra y administración pública. Caballeroso, digno, sin tacha, en su trabajo, en la función pública y en su vida familiar, en la que se destaca su venerable imagen patriarcal evocada por la ternura filial de sus hijas.

Otavaleño por nacimiento y por ancestro. Vástago de un tronco familiar respetable, estuvo unido a esta tierra por la sangre y la geografía. Podemos repetir lo que dijéramos en otra oportunidad sobre el

hecho de ser otavaleño. Todo otavaleño se siente unido a esta tierra por una fuerza telúrica que le da raíces. Don Isaac Barrera creció bajo la presencia tutelar del Imbabura, erguido y majestuoso; corrió por chaquiñanes y lomas al calor del sol que dora generoso todos los maizales; recibió en la piel la caricia del viento en el verano; bebió el agua que brota espontánea entre las breñas y se da, cantando, en manantiales límpido; en contacto con la naturaleza circundante, aprendió del sol, el viento, el agua y la montaña, lo que son la elevación, la fecundidad, la entrega generosa, la armonía vital; en el seno de su familia y en el contacto diario con la gente descubrió lo que valen la tradición, la fraternidad, la amistad, la cordialidad; y en la historia de nuestro pueblo encontró cuánto dignifican la honradez, el trabajo comunitario, la responsabilidad individual.

Todos estos valores atesoraba el espíritu del joven Isaac Barrera cuando en pos de saber viajó a Quito para estudiar en el Colegio San Gabriel. Sus dotes naturales se enriquecieron, su clara inteligencia se cultivó y fue plasmándose su rica personalidad en contacto con los libros y con otros hombres de reconocida valía, con quienes compartió las horas de su quehacer creador. Su nombre y su prestigio fueron creciendo y pronto rebasaron las dimensiones de lo local, para convertirse en una figura de dimensión nacional.

A este otavaleño, cuya vida y obra lo colocan entre los constructores de la Patria, rendimos nuestro tributo de admiración en los cien años de su nacimiento.

Nieves Rodríguez de Bueker

## BARRERA Y SU YO SOCIAL

En Otavalo, febrero cruza breve y frío. El sol receloso alterna su calor y luz con la lluvia por las tardes. Este cuadro sombrío se cambió a uno de ambiente agradable y entusiasta dentro del hogar de don Stanislao Barrera y doña Tomasa Quiróz, allá por el año 1884, el 4 de Febrero; nacía Isaac J. Barrera. El niño se traza desde aquel instante un camino de romería hacia las letras, para iluminar con ellas su casa y al Ecuador, país de larga historia cultural.

Desde muy temprana edad fue atendido por las cimas de las montañas, en sus correrías por el Occidente de nuestra Provincia. Presagio feliz de inclinarse por los libros y su lectura, en busca de urbanidad para ponerla en práctica y sobre todo un norte para sí mismo. Entre días de trabajo obligado ayudando a sus padres, infancia y juventud las pasó satisfaciendo su curiosidad por el significado de las palabras, ampliando su espíritu e inteligencia. Su empresa comenzó por el estudio de las puntuaciones de la gramática, lo que le serviría para demostrar a través de toda su vida su elocuencia viva ya sea en medio de acontecimientos familiares o en actos señalados del modesto calendario social de aquella época. Cierta madrugada, su brújula interior le orientó y llevó a la ciudad de Quito, llevando consigo un ejemplar del Quijote, amuleto de buena suerte en su lanzamiento por los llanos de la sabiduría.

De espíritu abierto y receptivo. éste se manifestó en toda su realidad, imponiéndose ante espíritus también adelantados de otras gentes de la capital, en cuya sociedad y círculos afines inscribió con fuerza su intelecto a igual que en el recinto solemne de casas de cultura y de investigación histórica.

Isaac de Jesús Barrera, despierto como era para forjar su inteligencia a base del método severo para consigo mismo, ocupaba sus horas serenas en el estudio conciente, la meditación y las conclusiones. Su-

po moldear su carácter en medio del trato amable con sus amigos y conocidos, cuyas mentes sorprendidas expresaban con palabras sinceras la admiración por la imagen singular del futuro hombre de letras, enamorado de las revelaciones de la historia. Así se ganó la grata y fecunda amistad de personajes ya célebres en el medio cultural como eran don Gonzalo Zaldumbide y el arzobispo historiador, Federico González Suárez, en oportunos momentos de ameno diálogo.

Sus facultades personales de comprensión de los hechos, su interpretación, así como su generosidad para el desarrollo de la cultura, hicieron que motive inmediata relación de afecto con preclaros maestros de la pluma fuera de los linderos de la Patria; Rodó, Alfonso Reyes, José Ingenieros, Ricardo Rojas, Amado Nervo y otros, formaban ya una escuadra querida en su corazón libre para disfrutar y alimentarse con la amistad y la enseñanza. Recibe también el estímulo decisivo de los pioneros de la prensa ecuatoriana, don César y Carlos Mantilla Jácome, quienes bautizaron su columna diaria calificándola como fuente de conocimientos para el lector común, el iniciado en la prensa escrita o del curioso del pasado de la Patria.

Barrera se convertía en varón de respeto y figura aclamada. De carácter suave y maneras afables, se integraban estas virtudes en un ejemplo de personalidad, acompañado permanentemente por su esposa de buenísimos atributos espirituales, como era doña Carmen Barrera "su profesora de francés y secretaria obligada". Su vida intelectual ascendía vertiginosamente siendo reconocida, junto al "recuerdo enternecido de su padre".

Doña Carmen con su ternura, su ayuda en el taller de investigaciones, complementaba la vida y el paso grato de los años. De ese amor sublime se hicieron realidad otros seres que justificarían a su tiempo el acierto popular "de tal palo tal astilla". Sus hijos, Jaime, Inés, y Eulalia, se formaron solidarios con la causa digna del progenitor insigne. La vida de mi padre —decía una de sus hijas— es de esas vidas ejemplares que deben contarse a las generaciones del mañana. Acertada la idea y justo el propósito, como también nuestro empeño.

## BARRERA Y SU YO POLITICO

A su nombre se agregaría el de patriota junto a muchos títulos que distinguieron su carácter. Las generaciones futuras le reconocerán

multifásico y brillante como una de las más legítimas glorias del siglo XX ecuatoriano, porque su patriotismo nos queda como una de las lecciones inolvidables que Barrera ha dejado con su pluma. En sus obras cobra relieve clarísimo el sentimiento patriótico. Expresado en numerosas investigaciones sobre temas ecuatorianos, recomienda una y otra vez porque se hagan reales para el bien y progreso del país. De esta manera, muy tempranamente supo encontrar el mapa del tesoro cultural y divulgarlo en la sociedad en la que vivía. A igual que el personaje central de Alejandro Dumas, Barrera, por su integridad y honradez personales, conoció el encierro carcelario, que más que reclusión del espíritu, le sirvió para desplegarse audazmente en un vuelo por escenarios más vastos y prometedores. Los buenos hombres sufren por mantenerse en su verdad y porque no pueden traicionarla ante la imposición ciega y descomedida de sus contrarios.

Lector y autor intenso de la figura gloriosa de Montalvo, se proyectó en sus escritos hacia las causas nobles y orientadoras de la Patria. Con su pluma patriótica trazó las biografías de nuestros próceres de la Independencia, entregando a Bolívar y a Calderón el justo derecho de ser las directrices de la libertad para aquellos próceres. Su espíritu leal en la conducción de la verdad y la previsión y denuncia del falso patriotismo, le sirvió como instrumento para agigantar su posición de Diputado y Senador en el Congreso Nacional. Su mirada apuntaba hacia un sentido americanista, sin que falte su palabra ante la sensibilidad del extranjero o del hombre hispano-americano que admiraron y aplaudieron a este gran hombre de letras ecuatorianas, constituido así en portavoz de la belleza natural y las auténticas glorias de la historia Patria.

Llevado por la pasión investigadora, manifestó su gran preocupación por la escasez de datos sobre el Reino de Quito en versión de los primeros cronistas españoles. Motivo de inquietud científica fue sus declaratorias sobre las ingenuas condiciones en que nos incorporaron a la Gran Colombia en el año 1830. Escribió además sobre el trágico 2 de Agosto de 1810, cuando a la Patria se le privó de sus hijos predilectos que habría podido determinar en ventajosas circunstancias aquella incorporación. "América es la esperanza del mundo viejo —dijo Barrera— para ello debe prepararse el Ecuador".

Recordando su nombre con respeto, lanzamos hacia el futuro su trascendental mensaje de patriotismo.

## BARRERA FORJADOR DE LA CULTURA

Esta es la faceta de mayor brillo y la causa sustantiva de su magnitud y extensión como hombre. Aquí es necesario precisar la relación directa entre tiempo y obra; 86 años de edad divididos en 80 de estudio, 70 de escritor, 60 de labor periodística con más de diez mil artículos que han integrado una verdadera pirámide de letras y frases, como queriendo con ellas descubrir arriba el sentido de la vida o hacer un testimonio de sus más altas querencias. Folletos y artículos para revistas especializadas. Un incesante averiguar del pasado ecuatoriano, constituyen con otras inquietudes y acciones, los múltiples afluentes de un caudaloso río, la sabiduría de Barrera, caminando por los senderos de la novela, el drama, el ensayo, la poesía, el documental histórico y el periodismo, sabiduría formulada con denominadores comunes en la Historia y la Literatura.

Tejedor hábil en la trama de la prosa, conoció el secreto del ritmo en la fase castiza, intuyendo la música para la palabra. Cada página de sus libros sería el reflejo austero de su diaria costumbre de leer y estudiar.

Sabedor profundo de que la mejor universidad son los libros, se dedicó con fervor a seleccionar, adquirir y organizar numerosos volúmenes como bibliotecario en Otavalo. Los ímpetus de su juventud le alentaban hacia nuevos horizontes. Los libros le habían hecho comprender que cada cual va configurando el suyo y que la existencia no es otra cosa que un ir transcribiendo el mensaje personal para los demás. Así se bautizó como escritor con el don de comunicar su propia existencia.

Muy joven disparó sus primeros fuegos literarios. En carne propia supo que la poesía también comporta sus riesgos. Enseguida prestó su ánimo para empresas culturales y funda en Quito la revista LETRAS incubando en ella las promesas de una nueva poesía con versos simbólicos de sinceridad doliente, con preciosos toques de gobelino surgidos de la inspiración de Arturo Borja, Ernesto Noboa y Humberto Fierro, el trío de la "Generación Decapitada".

Aparece a continuación su primer libro serio "Rocafuerte" que es la biografía del constructor ecuatoriano. Atento a sus diferentes ángulos de producción, colaboró con sus versos de aliento verleniano

en una revista quiteña "Vejees y Novedades". Alternó su producción con escritos sobre Espejo, el padre Velasco, Aguirre, Mejía. Toma forma definida en el ensayo y la crítica, robustecido por "El dolor de soñar" y "La melancolía de una tarde", obras que demuestran su enorme erudición, al tanto de las corrientes de la época...

Inmensa ha sido su producción, pero el fruto maduro está representado en su monumental HISTORIA DE LA LITERATURA ECUATORIANA verdadero testimonio y fuente imperecedera para la consulta y la cultura; obra que nos permite actualmente conocer la singular trayectoria histórico-cultural del Ecuador, desde antes de la Colonia hasta el siglo XX, con los últimos realistas.

Vivir es una constante milicia y Barrera fue consecuente con ello. Atisbando desde su estudio en todas direcciones para ver lo que sucede a su alrededor e informar a la sociedad. Cabe reconocer su gusto e identificación con los grandes del espíritu como Papini, el del "Hombre Acabado" y "Espía del Mundo". Por otro lado, sus temas favoritos fueron en relación a Bolívar y Montalvo, libertador y creador de pueblos el uno y ensayista magnífico el otro.

Barrera escribió siempre para los demás, consecuente a su concepción de que la vida no es sino una misión de servicio. Todo escritor es maestro en fin de cuentas; "Lo que sé, lo que la vida y el trabajo me han enseñado, no tengo el derecho de guardármelo, tengo el deber de darlo a los demás. La vida no es para ser dichosos ni gloriosos, sino para ser útiles". Palabras que fueron verdaderas declaraciones y sentencias de este gran sembrador, que excitarían al triunfo a futuros hombres de letras como Gonzalo Escudero, Jorge Carrera Andrade, Augusto Arias y muchos más, mientras paseaba sus sabias enseñanzas como profesor del Colegio Mejía. Catedrático universitario, entregó de suyo todo lo que su capacidad le permitía, invitando a todos a enriquecerse el espíritu con el conocimiento de las letras. Su obra es ancha y profunda, a tal punto que el magisterio ecuatoriano no puede prescindir de su nombre, más aún, si se quiere tener una imagen completa de las letras contemporáneas.

Su obra total es el fruto de toda una vida de estudio consciente, de prolijas comparaciones, de fatigoso decantamiento y de difícil síntesis. Por esto, Barrera es para las letras ecuatorianas un "suscitador incansable". Para él las letras fueron su religión y el escribir un apostolado.

lado. Leamos de este académico de la lengua española, lo que pronunció cierto día en Madrid: "No hay que olvidar que América está creando una nueva raza, que será la esperanza del futuro; pero en cuyo suelo jamás, oídlo bien, jamás se dejará de hablar en Castellano, y de creer y de pensar en aquello que llevó el español hace más de cuatro siglos".

Don Isaac J. Barrera se identifica con tantos destinos ejemplares de la humanidad, que rodeados de libros, soñando en ellos, hacen de su hogar una biblioteca con dependencias, como el hogar del insigne humanista mexicano Alfonso Reyes, quien por eso, decía ser un hombre feliz. Así le vemos a Barrera en el centenario de su nacimiento, un hombre que fue feliz aconsejando hasta el final de su vida: Siento el cansancio de haber andado mucho y la necesidad de cerrar los ojos, no para dormir sino para revivir el pasado.

POR: CESAR PAVON S.

## DON ISAAC J. BARRERA PERIODISTA

Carlos Alberto Coba Andrade.

Don Isaac J. Barrera, en su vida profesional había llevado como lema: "La fuerza de las naciones reside en la moral de los pueblos. Inculcarla es salvarla". Ved ahí la obra grande, la obra por excelencia de este ilustre otavaleño y bendito mil veces, señores, el hombre que consagra a vigorizar ese principio que, para hablar el lenguaje de Kant, al grito de la política dice: "Sed prudentes como serpientes —agrega esta restricción, única que da vida y nobleza a las naciones—: "y sencillos como palomas".

Isaac J. Barrera durante su vida ha enseñado el dogma de "Igualdad, libertad y fraternidad", siendo el único capaz de dar felicidad a nuestro Ecuador y al mundo y el doble axioma del espíritu y de la política, el único capaz de asentar sobre base sólida las naciones y los pueblos. El principio supremo, la soberanía del pueblo como ley; ved ahí la verdad pura, la verdad fecunda que siempre proclamó Barrera. ¿Sabéis, decía en sus editoriales, cuál debe ser la máxima de toda política? Colocar en alto la verdad y escribir sobre todas las banderas esta divisa, caballeresca según un filósofo inmortal, noble en mi convicción y en la conciencia de los hombres libres: "Fiat justicia, pereat mundus" —hágase la justicia y perezca el mundo del egoísmo. Algo más: sacrifíquese una generación, ya que se quiere dar a malvados tanto poderío y las futuras en su felicidad bendirán a esa generación martir. Sí: el mundo puede ser grande, porque puede ser moral. Aquel que lo niega lleva en el pecho la desconfianza hacia sus hermanos y es que se siente arrojado de sí mismo por lo poco que le queda de las eternas naciones de la justicia.

Yo confío en las palabras de Isaac J. Barrera, porque la divinidad y la razón me enseñan, a la par, a reclinar tranquilo la cabeza en

el seno de esa humanidad, que es mi madre y que es mi hermana. Ni estamos en tal camino, que no es por cierto el presente el peor de los siglos: y a aquel que invoca, como Rousseau, lo pasado para deprimir lo presente o maldecir los dones de la civilización, podrían repetirse las palabras de un filósofo de la última centuria en boca de Isaac J. Barrera: "Guárdate de las ilusiones y de las paradojas del misántropo. El hombre descontento siempre de los presente, atribuye a lo pasado una perfección falsa, que no es sino la máscara de su tristeza. Elogia a los muertos en odio de los vivos y golpea con sus huesos de sus padres". Sus escritos reflejaban estas verdades propias de un visionario y visionario lo fue don Isaac J. Barrera.

Al exaltar la memoria de tan ilustre otavaleño, vienen a mi memoria las palabras de Montesquieu, repetidas por Kant que decían: "Donde se entregan las costumbres y éstas relajan la moralidad pública, allí cae la sociedad, o porque revienta la anarquía o porque una tiranía se levanta". Verdad profunda, que la política ha desconocido y fue don Isaac J. Barrera quien tenía presente en sus artículos editorialistas.

Tal es la misión, que debemos aceptar abiertamente, sin disimularnos su aridez, ni su importancia, ni la gravedad de los deberes que impone y santa empresa acometemos al llamaros, estimados lectores, ofreciéndonos los beneficios materiales, que preocupa la fraternidad y las buenas y oportunas doctrinas que enseñan un dogma fecundo y regenerador. Nuestro deber, por consiguiente, es llevar una conducta ajustada, porque nada habla tan alto como el ejemplo, y contribuir cada uno en su esfera, más o menos amplia, a la moralización de esa gran parte de la sociedad que se distingue por su honestidad.

Sed morales y cuando vuestros compañeros os vean tan felices, se apresurarán a imitaros. No lo dudéis. No hay más tranquilidad que la de la inocencia, no hay más felicidad que la de la virtud; y en nadie se hace tan palpable esta verdad como en el hombre recto, a quien de continuo amagan la desventura y la miseria.

Isaac J. Barrera, preocupado por los problemas de nuestra sociedad, en el mayor de los casos, su pensamiento era orientador. Barruntando sus palabras, en no pocas ocasiones, expresaba: "Si halláis a vuestro paso una familia, cuya madre se entrega al llanto mientras el sol alumbra, y cuyos hijos, cubiertos de andrajos, debilitados por la intemperie y con sus órganos roídos y empobrecidos por el hambre, —no tie-

nen momento de placer ni de quietud: cuando veáis que la miserable choza que habita, si no se estremece por la ira que estalla bajo su techo, abriga impresiones y gemidos de una desesperación incurable”.

Convengamos, entre tanto, en que esos vicios son artífices perpetuos de todo linaje de desventuras, ya que no hemos de hablar de los que pertenecen al resorte del derecho, sobre los cuales fulmina la ley de sus anatemas. En otra parte, decía: “La inmoralidad es una blasfemia constante, persistente: una maldición hecho axioma: una imprecación contra Dios y la humanidad hecha ley”; y en una blasfemia, esa imprecación, no tiene más consecuencia que la profunda soledad del alma, es decir: la desesperación.

Isaac J. Barrera recalcó que la virtud dignifica al hombre, sólo la virtud salva los pueblos, la virtud ilumina el universo moral como el sol el universo físico y el trabajo da calor y vida los corazones y nutre la economía de los pueblos.

Altos son los problemas que había enfocado don Isaac J. Barrera. Hombre de una generación altiva y de pluma generosa. Cuando el tiempo abrió la tumba, tan gloriosos recuerdos fueron el encanto y el orgullo de las generaciones venideras.

## BARRERA: UN RECUERDO IMBORRABLE

Guillermo Moreano

Antes de escribir esta crónica, me he permitido visitar a las señoritas Inés y Eulalia Barrera y a don Jaime Chávez, Director del Diario "El Comercio", aparte de conversar con muchos otros que conocieron en vida a don Isaac J. Barrera, pudiendo afirmar que su recuerdo a más de ser permanente continúa imborrable. Sus hijas, escritoras, vinculadas estrechamente a círculos de la más alta cultura ecuatoriana, todavía de luto por su muerte, guardan celosamente y como en un altar el culto al padre que se fue de este mundo dejándoles la mejor herencia: la de una cultura que seguirá proyectándose a través de ellas y en el matutino "El Comercio" su Director y amigo de años, certifica que sin faltar un día, don Isaac, todo ceremonioso y circunspecto y recorriendo todo lo que hoy es el centro de la ciudad, con el peso de sus años y con la dureza del sol de la mañana sobre sus hombros, llegaba hasta la calle Chile, donde era el Diario, para religiosamente entregar su editorial, que por muchos años constituyó una legítima orientación del pensamiento y la acción ecuatorianos.

De estas dos visitas, se ha logrado algunos datos familiares, referidos a la vinculación afectiva al solar nativo y una conclusión que posiblemente podría constituir, a nuestro modesto entender, el mejor de los homenajes a don Isaac J. Barrera y todos los hombres de cultura de la provincia, que tienen derecho y razón de "retornar" con su espíritu, su enseñanzas, anhelos y propósitos, para continuar inspirándonos el encontrar los mejores derroteros para el progreso seccional.

COMO SE AFINCARON EN OTAVALO LOS BARRERA? Los biógrafos y especialmente la señora Eulalia Salgado de Valladares, que escribió su tesis de grado enfocando la extraordinaria existencia de don Isaac, coinciden en afirmar que salieron de España, Extremadura y fueron a México. Después de estar algunos años en Acapulco pasaron a Venezue-

la y con las guerras de la independencia llegaron a Quito. Terminadas éstas y cuando los oficiales y soldados se repartieron tierras sin trabajar, aparecen los Barrera, con su indomable afán de trabajo y superación, fundando San José de Minas, para luego radicarse en Otavalo. Se afirma que "el matrimonio de don Estanislao Barrera y doña Tomasa Quiroz, padres de don Isaac, tenían además de otras propiedades en Otavalo, una casa muy amplia y con un solar de terreno, pero ya bastante vieja, en las carreras Sucre y Morales, esquina, en la que existían muchos árboles de duraznos y especialmente de ciruela amarilla, unos de canela, hermosos cactus y también tunas" y este es precisamente el ambiente ecológico en que trascurren los años de niñez y juventud de don Isaac.

**CUAL FUE SU EDUCACION?** Cuando hemos escuchado la educación primaria que recibieron muchos otavaleños que actualmente viven y constituyen honra de Otavalo, se hace referencia a la sapiencia con que se educaba en la escuela 10 de Agosto y como sus alumnos no tenían ningún problema en ingresar al Colegio Nacional Mejía de Quito. Igual referencia y con mucho mayor profundidad y sabiduría se tiene con relación a la educación que impartía la Escuela de los Hermanos Cristianos de Otavalo, destruida por el liberalismo de la época sectaria de finales del siglo pasado y comienzos del actual. Se afirma que don Isaac, con sobrados conocimientos ingresó al Colegio San Gabriel de Quito, causando el asombro de muchos y la razón para que se pregunte de donde venía. De este modo es cómo se llega a conocer la existencia de los extraordinarios profesores que forjaron la personalidad de don Isaac, quien calificó siempre de magistral al Hermano Damián, profesor de gramática, cuyo nombre completo fue Antonio Ordóñez, nacido en Quito en 1885; de sabio al Hermano Alejo, de nombre Antonio Darío Carrillo, de Latacunga y al Hermano Beltrán, oriundo de Cuenca y de quien se dijo que tuvo preponderancia en la educación humanista de Barrera, quien llegó incluso a dominar el latín.

**CONOCIO LA DUREZA DE LAS LABORES AGRICOLAS?** Muchos otavaleños e imbabureños forjaron su juventud arrancando al campo los frutos que difícilmente les permitía subsistir y don Isaac no estuvo exento de esta especie de conscripción agraria. Con ánimo resuelto y con fuerza incontrastable de sus años mozos, marchó a Intag unas veces y otras a Piganta, donde tuvo el valioso apoyo de don Joaquín Saona, distinguido y recordado otavaleño. Las labores se hacían prácticamente

“al partir” y constituyeron un valioso ingreso personal. Mucho recuerdan sus hijas de estos años duros de su padre, pero lo hacen con devoción y ellas saben que estuvieron matizados con el afecto de amigos entrañables como don José Ignacio Coronel, don Leopoldo Chávez padre, de don Luis Garzón de quienes guardan los mejores recuerdos por haberse constituido en compañero inseparable del autor de sus obras. Ya en Quito, con su familia integrada, don Isaac J. Barrera, recorre todos los campos de la cultura y en todos encuentra éxito. Su erudición es motivo de gloria de las letras ecuatorianas. La Casa de la Cultura Ecuatoriana, con motivo de cumplir 80 años, le rindió un homenaje con la participación de los mejores escritores y pensadores del país, circunstancia que colma de gratitud a los otavaleños. Entre los episodios familiares personalísimos de don Isaac, merece destacarse la amistad íntima que guardaba, entre muchos otros ilustres hombres ecuatorianos, con don Gonzalo Zaldumbide, quien le escribe desde París, el 21 de Mayo de 1918 a sabiendas de que Barrera fue un defensor incansable del Ferrocarril Quito Ibarra San Lorenzo, de que en sus diarios editoriales vertía las más depuradas lecciones de patriotismo constructivo, le dice: “No deje usted de darme noticias de lo que por allá se hace y se piensa. Ud., no tiene idea de cómo me apasiona el Ferrocarril a Esmeraldas, y cómo me duele la infcua oposición subterránea y artera, que se le quiere hacer. Ponga Ud. en esa obra de razón, de amor, de equilibrio, de justicia, de voluntad histórica, de necesidad incontrarrestable, —puerta de seguridad y mandato de la naturaleza—, toda su actividad y su vigilancia de escritor y de patriota. Somos, los “serranos” demasiado crédulos, demasiado bobos, demasiado “buenos”, demasiado ingenuos. Y tenemos miedo de tocar el mismo instrumento con que se nos quiere ahogar, el regionalismo. —Ud. que está dado a la historia, sabe como se han torcido los destinos históricos de la antigua Quito, y a que condición subalterna se quiere reducir por siempre a la capital, privándola de su brazo derecho como sería ese Ferrocarril.”

EN QUE CONSISTIRIA EL HOMENAJE PERMANENTE? Decíamos que los imbabureños deben retornar inclusive después de muertos. La idea es muy enaltecedora y concreta. Los organismos culturales, las instituciones como el Banco Central, La Casa de la Cultura, la Asociación de Imbabureños residentes en Quito, La Prefectura de Imbabura, los correspondientes Consejo Municipales de la Provincia, etc. etc., deben agotar sus esfuerzos para que constituyan un Centro Cultural de Imbabura, donde se logre concentrar el valioso servicio de bibliotecas, museos, archivos, etc. de propiedad particular, hoy dispersos y sin acceso al pú-

blico y se constituya en el exponente cultural más extraordinario y pujante del norte del país, al alcance de quienes, con avidez requieren fuentes de información y especialización;

Naturalmente el factor económico es limitante, pero una vez lanzada la idea y encontrándose plausible el propósito, es posible que se encuentre la fórmula adecuada para transformar en realidad este ideal. Este sería el camino más adecuado para reivindicar la memoria de nuestros antepasados, rendir culto a sus obras y esfuerzo y tenerles presentes no sólo a don Isaac J. Barrera y a nuestro querido Dr. Enrique Garcés que se nos fueron dando ejemplo de patriotismo, servicio a la comunidad y aquilatado afecto por el solar nativo.

## QUITO COLONIAL.- ISAAC J. BARRERA

Escritor atildado y multifásico, notable crítico, Isaac Barrera, miembro destacado de la Academia Nacional de Historia, entre otras producciones literarias importantes en que reveló con el esmero de su pluma aportes que denotan profundo estudio de los acontecimientos históricos que contribuyen a la formación del panorama de nuestra nacionalidad, basándose especialmente en la monumental obra del sabio González Suárez, comunicando colorido a los sucesos de pasadas épocas, especialmente en lo que se refiere a la colonia, publicó bajo la denominación de "Quito colonial", al período que abarca el siglo XIX e inicios del siglo XX.

En el aspecto político narra lo que aconteció en la Audiencia en cuanto concierne al mandato de los presidentes que destacaba la corona española a la colonia que ocupaba segundo plano en lo que podría llamarse categoría jurisdiccional. Aparece que Alsedo fue magistrado de relieve que puso la nota de interés tratando de dar un elemental resquicio a la cultura al organizar la llamada Academia Pichinchese.

Se anotaba ya un resquemor político entre criollos y chapetones y las bases populares y de indígenas en las que recaía el peso de las obligaciones de trabajo desmedido, sumidas en la ignorancia y la esclavitud, alimentaban en la sordidez de su situación odio acentuado a los despóticos chapetones peninsulares.

La revolución de las alcabalas y de los estancos de 1765 constituyó un desahogo explosivo en que se demostró que se fermentaba ya el anhelo de liberación del yugo español que mantenía en deplorada situación a la Real Audiencia de Quito. Dando cumplimiento al mandato del rey de España al presidente Diguja en 1767 ordenaba la expulsión de los jesuitas, miembros de esa comunidad que fueron a radicarse en Italia.

jan esa influencia, ellos son Eugenio Espejo, Juan de Velasco y Juan Bautista Aguirre. La obra de Espejo tal "El Retrato de Golilla" es satírica; el médico escritor manejó su péñola como estilete que llegara a herir a los chapetones. Fue el periodista, orientador del contenido de "Primicias de la cultura de Quito".

Juan de Velasco, jesuíta riobambeño con marcado embeleso dió su "Historia del Reino de Quito" relieve sobre todo a la época pre-colombina.

Juan Baustista Aguirre se esmeró en el cultivo del buen verso realizando composiciones en que la nostalgia por la tierra amada derrama en significativas estrofas.

En la obra de Barrera, que es motivo de este comentario se aprecia la fluidez del relato y el relevante sentido crítico para enjuiciar a los anotados escritores de la colonia.

José Ignacio Narváez.

PUBLICACIONES DEL

**IOA** INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA  
CENTRO REGIONAL DE INVESTIGACIONES OTAVALO - ECUADOR

